

Detrás del sol, la nada

El sol se estaba escondiendo, desapareciendo tras el infinito horizonte, dejando paso a las estrellas que brillaban en la eterna oscuridad del cielo, brillando, brillando. El sol dejaba paso a los siniestros menesteres únicamente factibles durante la tenebrosa oscuridad de la fría noche. El sol vaticinaba su llegada y la noche la confirmaba. Había llegado. Ya no se podía marchar. El sol había desaparecido.

∞∞∞∞

La guadaña resplandecía bajo el brillo plata de la luna. Su tajante filo, limpio, puro, bello, ejercía una atracción hacia mí nunca antes experimentada. Alargué el brazo, extendiendo la mano, acercando el dedo índice. El contacto no me provocó ningún daño, ni una gota de sangre borboteó del corte. Nada de sangre. Nada. No soy nada. Ni siquiera existo.

La señal llegó y al instante me encontraba en otro lugar. El sol cegó mis ojos. El sol se estaba escondiendo, en un momento desaparecería, dejando paso a la oscuridad, mi mundo, mi vida.

Ante mí se extendía una pradera y más allá una colina en cuya cima se encontraba mi objetivo. Mientras me acercaba, la luna se alzaba, llena, plena, como la primera noche, como cuando nací.

La modesta casa de piedra se caía a pedazos. Nada más tocar la puerta, esta se soltó de las bisagras y cayó al suelo, destrozándose en mil pedazos. Me dirigí a la habitación del fondo, a donde el instinto me guiaba.

Al abrir la puerta me encontré con un hombrecillo arrugado tumbado en la cama, murmurando sinsentidos. Pobre loco. Los locos son siempre los que más cuesta llevarse. No han podido disfrutar la vida tal y como es, aunque muchos viven contentos en su propia mentira. Aún recuerdo a aquel hidalgo que pudo cumplir su sueño gracias a su locura. No se me ha olvidado. Nunca se me olvidará.

Coloqué mi mano sobre su frente, apartándola cuando dejó de murmurar. Aún me parece sorprendente su vuelta a la realidad justo antes de la muerte. Es algo que no comprendo, ni siquiera tras toda la eternidad.

-Al fin ha llegado mi hora- susurró en el mismo tono que estaba utilizando anteriormente, pausado y sincero.

Me quedé quieto. No contesté. Nunca lo hago, ¿por qué tendría que hacerlo ahora? Pero, ¿Por qué esta vez parece distinta? Nunca antes me habían dicho con tanta sinceridad que estaban deseando morir. Nunca. "**Con cuánta gana debes de estar esperando ahora**" pensé.

-Todavía no es el momento-respondí con voz pausada, sigilosa, tenebrosa.

Sus ojos se alzaron y sus pupilas se posaron en las mías, creando un fuerte vínculo que se rompió cuando aparté la mirada. No podía soportar esa profunda tristeza que emanaba de sus ojos, ese pesar que nadaba en sus lágrimas, esa determinación que irradiaba su corazón.

-¿Cuánto vas a tardar?

-No lo sé. Todavía existe un vínculo entre tú y este mundo. Una vez que se rompa serás libre, y podré llevarte conmigo.

Algo raro estaba ocurriendo. Algo me separaba de él. No podía llevármelo de este mundo. No podía cerrar el ciclo.

En ese momento cerró los ojos. Se podía apreciar en él el cansancio de una persona que había agotado las ganas de vivir, que no tenía ningún otro motivo por el que permanecer con vida.

Oí la puerta de la habitación abriéndose. Tras ella se encontraba un muchacho joven, la viva imagen de mi víctima. Su hijo. Tenía lágrimas en los ojos. Entró en la habitación, caminando con determinación hacia el regazo de su padre. Se sentó en la cama y posó su mano sobre la frente de su padre, como previamente había realizado yo. El hombre abrió los ojos y los posó en los de su hijo. Una lágrima recorrió la mejilla del anciano.

-Lo siento. Nunca debí haber hecho lo que hice. Siempre me arrepentiré por ello.

Entonces cerró los ojos. Cualquier persona pensaría que estaba muerto, menos yo. Un torrente de lágrimas se desprendió de los ojos del muchacho. Pasaron segundos, minutos, horas, quién sabe, un momento tan personal no se mide en tiempo, sino en sentimientos.

El hijo se levantó y dejó el cuarto, cerrando la puerta tras de sí. El padre volvió a la consciencia desde una inconsciencia en la que nunca se había encontrado.

-Nunca me ha perdonado. Y nunca lo hará. Ese es mi castigo. Mi sentencia está dictada.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos. Ninguno sabíamos qué decir, así que no dijimos nada.

-Siempre había pensado que morir iba a ser más fácil, que iba a ser mi liberación. Ya veo que no es así-dijo con la voz entrecortada.

-La muerte nunca es fácil. Es lo más doloroso a lo que te enfrentarás en la vida. Es el momento en el que tienes que abrirte y enfrentarte a tu pasado para así destruir tu

futuro. Tras este momento no serás nada, no existirá nada. Nada. Y para conseguir la nada, ahora tienes que dar tu todo.

Todo. Algo que yo nunca he tenido. No soy nada.

-Todavía no entiendo qué debo de hacer ahora. Simplemente quiero irme. Quiero desaparecer-murmuró en un susurro imperceptible.

-Hay algo que te está perturbando y hasta que no cese, no serás capaz de abandonar este mundo.

-¿Qué es ese algo?

-Crees que tu hijo no te perdonará nunca, pero ese no es el problema. Lo hizo hace tiempo. Lo sabes.

-¡Mientes!- gritó. Su tono demostraba un enfado real.

-No miento. Lo sabes. Eres tú el que se está mintiendo a sí mismo. No soportas los remordimientos que tienes desde que hiciste lo que hiciste. Eres tú el que no te has perdonado a ti mismo, y hasta que no lo hagas, no podrás morir.

-¿Y si nunca lo hago? No he podido en todos estos años, ¿por qué iba a poder ahora?- confesó entre sollozos.

-Entonces quedarás atrapado en tus remordimientos para toda la eternidad. Nunca dije que fuese a ser fácil, pero tienes que intentarlo.

-Lo haré. Lo prometo.

∞∞∞∞

El sol salía. El sol se alzaba. El sol, al fin, brillaba.